

mente se confunde, vagando sin rumbo fijo por espacios saturados de luz eterna, y coloreados por bellísimos horizontes de mágicas ideas: gérmenes preciosos de civilizaciones vírgenes aún, en cuyo misterioso mundo, sólo es dable penetrar á esos pocos seres, mártires amenudo de la humanidad, infatigables peregrinos de la ciencia, que de vez en cuando, iluminan con los reflejos de su genio, la sombría quietud de ese mundo egoísta y perezoso, donde cómo incoloras sombras, nos agitamos un momento las generaciones.

En tanto, el mundo romano se solazaba descuidado en el circo, cuyas piedras aún guardaban húmeda, la denigrante huella dejada por la ardiente lágrima del esclavo que se retorció impotente en el polvo, mordiendo desesperado, oculto en la sombra, el solio de aquellos emperadores: mientras el Cesar, los magistrados, los senadores, autorizaban y aún presidían aquellas horribles hecatombes humanas, en las cuales los bárbaros aplausos del público se confundían con los ayes dolorosos de los heridos y el ronco estertor de los moribundos; donde las orgullosas damas romanas, casi desnudas, flotando en nubes de blanquísimas gasas, aspirando orientales esencias y excitando el más desenfrenado sensualismo con sus voluptuosas posiciones, se mezclaban de una manera extraña y repugnante con las hermosísimas estatuas griegas, puros esfuerzos del arte helénico, que lejos de las floridas y serenas campiñas, donde el genio del artista las concibiera, lloraban en silencio al verse hacinadas en aquel sangriento templo, erigido por la crueldad de un pueblo vencedor, hacia el cual las había empujado, el viento destructor de las batallas y el huracán irresistible de los tiempos.

Roma, la soberbia heredera de las civilizaciones antiguas, procuraba ahogar bajo el clamor de aquellas fiestas, el último suspiro de libertad que flotaba penosamente en su tumultuoso recinto: pero tantos eran los elementos de vida que la ciudad del Tíber heredara de las civilizaciones que fueron, tantas y tan variadas, las ideas que bullían en el seno de la sociedad romana, que para acentuar el carácter peculiar y multiforme de aquella época, no bastaba el dulce Virgilio, cuyo cántico tierno y melancólico, como el pensamiento de una virgen enamorada, resonaba débil como un prolongado lamento, entre las poéticas ruinas de los armónicos templos griegos: no era suficiente para ello, la vivísima imaginación de Ovidio, el estro del elegante poeta que alumbró con las flores de su ingenio los hermosos paseos de Roma, y tampoco lo hubiera conseguido el delicado y puro Proporcio, el hijo de Maravia, el entusiasta cantor de la supuesta Cintia, ó mejor dicho, el soñador amante de Hostilia; fué preciso que el hijo de un liberto, que el vigoroso Horacio, despertara con enérgicos acentos á las orientales divinidades, al risueño Olimpo griego, á todo el mundo antiguo de su pesado sueño para arrojarlo airado, como una nube terrible sobre Roma, á incitar al pueblo á recoger altivo el cetro de la tierra, que yacía olvidado y cubierto de polvo bajo el trono aún vacilante de los césares.

La altiva musa de Horacio no se humilló nunca para entrar en el círculo convencional de la forma prosaica, donde comúnmente se desarrolla el pensamiento humano. Vaga suelta y terrible, pero acorde y perfecta siempre. Sus sátiras, más elegantes y en un todo superiores á las de su predecesor Lucilio; sus odas, sus epodos, su poema secular, sus magníficas epístolas donde se deben admirar notables bellezas de estilo y su arte poética, henchida de sóbrios preceptos de buen gusto literario, nos dan la medida exacta del prodigioso vuelo de su genio y de la marcada acentuación que imprimió á su siglo.